

EDUARDO MAURICIO JUSTINIANO CÁRDENAS *

Ensayo sobre algunos aspectos de la conciencia y la autoconciencia en la persona de Jesucristo

Jesús no es un mero personaje del pasado, es una persona que ya resucitada sigue viva. Es Jesús, el Mesías y Señor el Hijo de Dios constituido como tal por su resurrección, razón vital por la que existen personas que siguen creyendo en Él. Jesucristo es una persona que ha trascendido los distintos momentos históricos. Por ello se ha considerado importante profundizar en este trabajo sobre el conocimiento y la autoconciencia de la persona de Jesucristo según las posibilidades ontológicas de sus naturalezas tanto divina como humana y así también el tema de la autoconciencia de la persona de Jesucristo en cuanto a su ser y a su misión redentora, para acercarnos a la verdad que está encerrada en su misterio de revelación divina y humana¹.

Este trabajo aborda en su exploración distintas fuentes cómo Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio y también menciona algunos teólogos antiguos y contemporáneos. Gracias a este trabajo, podemos aproximarnos al conocimiento del Jesús histórico en cuanto a su ser, actividad y esencia, autoconocimiento de sí mismo y su misión. En el presente trabajo se procura responder a la problemática ¿Jesucristo siendo Dios, tenía las condiciones de saberlo todo respecto a su misión y a su Ser?

1. Fundamentación relativa a la persona de Jesucristo

En este primer punto trataremos los temas medulares de la teología dogmática sobre la persona de Jesucristo, basado en la enseñanza del magisterio de la Iglesia Católica, de manera más específica de los concilios, que han buscado superar la enseñanza herética sobre la naturaleza y facultades

* Eduardo Mauricio Justiniano Cárdenas – Universidad Católica Boliviana, Instituto de Estudios Teológicos “San Lorenzo” en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia
ORCID: sin datos; e-mail: eduardomjc@hotmail.com

¹ Cfr. W. Brugner, *Diccionario de filosofía*, Barcelona 2000, 216.

humanas y divinas de la persona de Jesucristo. El desarrollo de la doctrina que tiene como sujeto a la persona de Jesucristo en su dimensión divina y humana, se fue plasmando a partir de los primeros concilios ecuménicos cristológicos, en los cuales se fue definiendo la identidad de Jesucristo en cuanto Dios – hombre y en sus dos naturalezas – humana y divina. A lo largo de la historia – tras estos concilios – se ha dado un desarrollo teológico a partir de la enseñanza doctrinal y magisterial, teniendo en cuenta la reflexión filosófica y teológica sobre la identidad de Jesucristo. La Iglesia fue explicando esas verdades de fe que hoy asumimos como producto de un conocimiento sólidamente consolidado para la mejor edificación de la fe y búsqueda de la verdad².

1.1. Formulaciones dogmáticas cristológicas

El hecho singular de la Encarnación del Hijo de Dios no supone que Jesucristo sea en parte Hombre y en parte Dios, como lo afirma la herejía Nestoriana, ni que sea el producto de una combinación entre lo divino y lo humano como lo sugiere Eutiques. La realidad es que Él se hizo verdaderamente hombre por voluntad propia y sin dejar de ser verdaderamente Dios. En este punto queremos encontrar la verdadera imagen de Jesús, buscando entre herejías y voz oficial de la iglesia – concilios, magisterio y aportaciones de algunos teólogos.

1.1.1. Herejías

En este punto vamos a tratar los errores que aparecieron en la historia, acerca de la verdadera imagen o naturaleza de Jesús.

Ebionismo negaba la concepción virginal. Jesús según ellos era una criatura «con ciertos poderes» que Dios le ha dado. Estaba acompañado del Espíritu Santo que era de sexo femenino. Jesús antes de su bautismo es solamente un hombre, después del bautismo es el poseedor del Espíritu Santo.

Docetismo niega la humanidad del Señor, pues consideraban que Cristo era bueno, por eso no podía tener cuerpo material real y por este motivo negaba la doctrina de la encarnación de Jesucristo. La parte histórica de Jesús era descartada, negaban la resurrección, terminaban afirmando que Jesucristo no era ni hombre real ni Dios absoluto.

Apolinarismo negaba la humanidad de Cristo – es decir – Jesús no es hombre, solo tiene la naturaleza Divina. Esta herejía no logra asimilar que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre³.

1.1.2. Concilios ecuménicos

A todas estas dificultades de pensamiento herético arriba mencionadas, la Iglesia Católica concluyó las siguientes afirmaciones como verdades de fe irrefutables:

² Cfr. Editorial Larousse, *Diccionario enciclopédico*, Madrid 1992, 148.

³ Cfr. A. Cordovilla, *La lógica de la fe. Manual de Teología Dogmática*, Madrid 2013, 112; G. Jaśkiewicz, *Argumenty przemawiające za bóstwem Jezusa Chrystusa w De Trinitate Hilarego z Poitiers*, „Studia Elckie” 14(2012), s. 389-404.

Concilio de Nicea (325) trataba sobre el término «*homoousios*» que significa de que entre el Hijo y el Padre hay una identidad genérica de naturaleza. Se proclama que el Hijo de Dios es tan divino como el Padre lo es, en cuanto a la divinidad es igual a Él (el Padre Dios). Se concluye que Jesucristo es de la misma sustancia que el Padre, resolviendo la herejía de Arrio. La misión de este concilio fue clarificar la fe cristiana, donde se expresa claramente la consustancialidad del Hijo con el Padre.

Constantinopla I (381) este concilio concluyó que Jesucristo es una persona Divina que tomó la naturaleza humana. Jesucristo es Dios y Hombre en todo el estricto y pleno sentido de la palabra, también se define la divinidad del Espíritu Santo. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, se concluye que Jesucristo es una persona divina que tomó la naturaleza humana.

Concilio de Éfeso (431) en este concilio se establece que Jesucristo es de la misma sustancia que el Padre. El asunto aquí versa sobre el «*logos sarx egeneto*» el verbo se hizo carne, pues esta máxima conlleva un problema hermenéutico de pensamiento y comprensión. En este concilio se reflexionó sobre la problemática: ¿El verbo asumió realmente la carne humana o el verbo tomó apariencia de carne humana? En esta postura se tiene como paradigma la idea de María cómo Theo-tokos y Cristo-tokos. María es la madre de Cristo y madre de Dios. El niño que ella dio a luz es Jesús el Nazareno. Cirilo de Alejandría en contraposición a Nestorio sostiene que antes de la unión, existen dos naturalezas, la Humana y la Divina, y una sola persona que es el Logos. María resulta ser la madre del Logos encarnado que es Dios – por lo tanto – la Teo-thokos es decir la Madre de Dios. El niño que ella da a luz en el mundo es el logos encarnado que es Dios, lo que llamamos la Unión hipostática⁴.

Nuestra fe cristiana defiende que Jesús es Dios y ese Dios se hizo hombre, pero no un hombre que se hizo Dios. La humanidad de Cristo, debe pensarse necesariamente desde el acto de la encarnación.

Concilio de Calcedonia (451) en este concilio se afirma que el Hijo es una sola persona con dos naturalezas – humana y divina. Es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Este Concilio habla de la unión hipostática. Es la unión de las dos naturalezas tanto divina como la humana en una sola persona, la persona de Jesucristo. En este concilio se rechazó la doctrina del monofisismo que hablaba sobre una sola naturaleza de Jesús, y el monotelismo que consiste en una sola voluntad, definida por Eutiques, el cual comenzó a predicar que la naturaleza humana de Cristo estaba absorbida por la divina. En resumen, el concilio afirma que Jesús es una sola persona con dos naturalezas contra Eutiques. Siguiendo este esquema la naturaleza divina como la naturaleza humana son magnitudes homogéneas y desde ahí se puede decir que Jesucristo

⁴ Cfr. A. Fernández, *Teología Dogmática*, Madrid 2009, 146.

es cognoscible al entendimiento humano. Es conocido en su naturaleza divina por la razón, a ello se le atribuye lo universal y lo divino. En cuanto a la naturaleza humana “es como se debe ser, un concepto universal al que corresponden todos los atributos universales”⁵.

Concilio de Constantinopla III (681) la Iglesia afirma que la voluntad de Jesús estaba unida a la voluntad del Padre. Dios Padre y El son uno – pero también siendo hombre – se solidariza con la humanidad⁶. Del hecho de ser y saberse hombre – Jesús deriva el trato amistoso con los hombres y mujeres de todas las épocas, que hasta acepta invitaciones de los fariseos (cfr. Lc 7, 36). La humanidad de Jesús se refleja en el camino al sufrimiento. Su cercanía humana se hace patente en los discípulos de Emaús a través del diálogo y del partir el pan (cfr. Lc 24, 13-27).

1.2. Interpretaciones teológicas sobre la persona de Jesucristo

El término “persona” lo acoge Ratzinger según lo recibido en su formación filosófica y teológica. El concepto de persona pasa a convertirse en un principio base de su propio pensamiento, la instancia personal constituye en Ratzinger una propuesta de origen cristiano y más específicamente a partir de la doctrina sobre la Trinidad y las dos naturalezas de Jesucristo. A partir de esta nueva realidad revelada, Dios es persona – en la Trinidad de personas – connaturales y preexistente, dónde tendrá lugar un desarrollo teológico, antropológico y humanizador en clave personalista sobre la divinidad⁷.

Esta postura cristiana de Dios como Ser persona y Trinidad de personas, agrupa en sí misma tanto la unidad como la multiplicidad del Ser Divino. Dios es uno y a la vez distinto al mismo tiempo, su pluralidad de personas forma parte de la Trinidad Divina, también en la persona humana se conjugan ambas instancias, lo uno y lo múltiple. Por ello, la persona humana está firmemente arraigada en los principios de la verdad y el amor – allí está su origen y fin – tal como se encuentra encarnado en el mismo Dios. En Jesucristo encontramos la encarnación del Logos que se hace *dialogos*, quien se encarna muere y resucita por amor y para nuestra salvación. Cristo es el modelo de toda persona, lo dice el Vaticano II al afirmar que “en Cristo se revela el hombre al hombre”⁸. La identificación con la persona de Jesucristo, dará lugar a una nueva dimensión para la persona humana, la cual busca configurarse con Jesucristo.

Karl Rahner expresa que Jesús no es un personaje del pasado, es más bien un ser viviente en la actualidad, no es la experiencia de fe que otros han hecho de El, sino que es la experiencia que yo he hecho de El. La fenomenología de Jesús es como una síntesis de todo ese camino previo. Si Jesucristo sigue siendo una persona histórica pero viva en hoy día, es porque hay personas que

⁵ Cfr. I. Cacho, *Cristología*, Milán 2015, 430.

⁶ Cfr. A. Fernández, op. cit., 149.

⁷ Cfr. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Colombia 2007, 169.

⁸ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 22.

siguen creyendo en Él. Para que su historia sea mi historia, necesito confesar la fe cristológica en mi actualidad. Rahner valora que hemos recuperado el valor de la humanidad de Cristo. En la realidad de la encarnación, Jesús – es lo que es – porque habita en un tiempo y una cultura determinada⁹.

Jesús asume el Logos, asume la humanidad, la sociedad, la cultura, la política de su tiempo, no se puede entender al logos sin la carne, ambos son una sola y misma persona. Jesús no fue adivino, no sabía lo que iba a pasar el día de mañana, en Él no existía determinismo, si le quitamos el valor de los actos humanos a Jesús, no sabe qué va a pasar el día de mañana, es Él quien da valor a los actos, si Él lo supiera todo y dejara de lado su condición humana, dejaría de ser libre. La vida humana es una historia en devenir, la conciencia que Jesús tiene de ser Hijo, es una conciencia existencial, no abstracta¹⁰. Lucas presenta en Jesús al ser humano que va desarrollándose. Su carácter humano está asociado con la sabiduría y la gracia recibida de Dios (cfr. Lc 2, 39.51). Sin el acontecimiento de la encarnación no habría cristianismo, la encarnación en el proyecto salvífico de Dios es inminente e irreversible. Con la muerte – el Verbo encarnado no se separó de la carne – pues con la resurrección gloriosa Jesucristo mantiene su ser corpóreo, por la resurrección el cuerpo resucitado es un cuerpo pneumático – espiritual que está en continuidad con el cuerpo crucificado¹¹.

1.3. Humanidad y la divinidad de Jesucristo

Puede parecer un absurdo reflexionar en este subtítulo sobre la humanidad y la divinidad de Jesucristo por separado, porque como lo hemos repasado a lo largo del capítulo, es indebido separar tanto la humanidad como la divinidad de Jesucristo – por lo tanto – me surge la siguiente pregunta ¿Por qué la verdadera humanidad de Cristo es la prueba de su divinidad? Porque es en la humanidad de Jesús de Nazaret el lugar teológico donde Dios se ha dado a conocer. Quien ha visto a Jesús, ha visto al Padre (cfr. J 14, 9). Esto quiere decir que se presenta el principio de lo semejante por lo semejante – Dios está íntimamente relacionado con su Hijo. La humanidad de Jesucristo es la teofanía de Dios en la tierra. Así Jesucristo es Dios porque tiene las cualidades divinas y es humano a la vez porque tiene las capacidades humanas.

Como ya hemos mencionado antes, Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La verdadera humanidad de Cristo muestra su verdadera divinidad, ya que Él – para que nos pudiera salvar – tuvo que hacerse humano en todo y no sólo en parecer cómo ser humano. La prueba de que Dios podría tener contacto con los humanos es realizar una *Kénosis*. Jesucristo es verdaderamente humano ya que al encarnarse se comportó como un humano

⁹ Cfr. K. Rahner, J. Ratzinger, *Revelación y Tradición*, Barcelona 1971, 223.

¹⁰ Cfr. Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión*, https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_1985_coscienza-gesu_sp.html (fecha de consulta 05.15.2022).

¹¹ Cfr. ibidem.

y no sufrió menoscabo por ser el Hijo de Dios. Por decirlo de otra manera – Jesucristo cuanto más se comportaba como ser humano, más resplandecía su divinidad como Dios¹².

Lo trabajado en este acápite es un debate sobre la identidad de Jesús – es decir la pregunta quién es Jesús?, a la cual se han dado variadas respuestas y esto ha implicado el desarrollo de un aparataje intelectual, recogido en los concilios, como un intento de frenar el impacto de las herejías en su mala comprensión de la figura de Jesús.

La problemática de la identidad – sin duda – es compleja. No sólo de un personaje histórico de Jesús, sino de cada persona individual, esto se ancla a la pregunta filosófica ¿Quién soy? Y la cual en un pasaje bíblico Jesús dice ¿Quién dice la gente que soy? Y por otro lado ¿Quién soy para ustedes? (cfr. Mt 16, 13-20; Lc 9, 18-21). Estas palabras son cómo un interrogante arrojado a sus discípulos. Esto es lo que se procura realizar en este trabajo – dar respuesta a aquello que Jesús ha representado en la tradición de la Iglesia Católica, respuestas que no pueden estar lejos de aquello que dice el libro inspirado como es la Biblia. Esto fue – sin duda – la base crucial para las grandes discusiones que se efectuaron en los concilios. Por eso, para poder generar un debate mayor en este sentido, se accede a la base de las Sagradas Escrituras, con el fin de poder dar fundamentación a la conciencia de Jesucristo. Con esto la pretensión de dibujar un rostro bíblico de Jesús, sobre cual emergieran las malas comprensiones de las herejías y las respuestas brindadas por los padres conciliares. Como ha quedado claro hasta aquí, la relación entre humanidad y divinidad de Jesucristo es un tema importante, lo cual ha desentrañado un rico debate de carácter filosófico y teológico a lo largo de la historia.

2. Fundamentación relativa a la conciencia de Jesucristo

Si damos por sabido que en Jesucristo se da la unidad que corresponde al Hijo encarnado – al respecto de la conciencia – vemos la complejidad en la comprensión propia de su constitución humano-divina. Si en Él está presente activa y limitada la naturaleza divina, a la vez que la naturaleza humana, si Jesús tenía la vida intelectual, afectiva y desiderativa correspondiente a su humanidad, si su alma creada y finita, tenía la perfección y los límites propios de un hombre de su tiempo y lugar, pero a la vez la dotación necesaria para cumplir su misión: ¿Cómo es entonces la existencia del hombre y a la vez Dios en el orden de la conciencia? Por ello al hablar sobre la conciencia, quiero expresar el parecer de Karl Rahner y Urs von Balthasar, pues ambos tratan el tema desde perspectivas diferentes.

Karl Rahner ve al hombre como ser trascendente, como realidad abierta y capaz de establecer la relación con el absoluto y con sus semejantes. Rahner

¹² Cfr. O. González De Cardedal, *Jesús de Nazaret*, Madrid 1993, 145.

dice que la consciencia que Jesús tiene de su relación con Dios Padre, es un momento interno de la unión hipostática. Es algo originario y absoluto, sin comienzo ni rupturas en el tiempo. Es constitutiva como lo es una determinación fundante en la que uno se encuentra siendo y proyectado. Esta consciencia, que no puede expresarse en palabras, necesita de una historia para proyectarse. Urs von Balthasar coloca el centro de la autoconsciencia de Jesús en la misión-obediencia. Jesús va descubriendo su consciencia de ser Hijo en la historia y de forma progresiva, al ritmo de su misión: “sabía todo y solo lo necesario para realizarla”¹³.

A Jesús no le llega la misión desde fuera o al estilo de sabiduría infusa, sino que Él se siente identificado con ella y desde ahí se siente Hijo. El tema de la consciencia de Jesús es la historia de su persona realizando su misión. La obediencia en Jesús es la disposición más íntima, con la que Él se mantiene ante el Padre. A ella se somete incluso el saber: “(...) para mejor obedecer, Jesús dejó en manos del Padre muchas cosas que pudo haber sabido, hasta que maduraron y se convirtieron en tema obligado”¹⁴.

2.1. Conciencia y autoconciencia mesiánica de Jesucristo

Como sabemos, en las Sagradas Escrituras Jesús tenía consciencia de ser el Hijo, esto es: una consciencia filial que es de carácter progresivo. Cuando Jesús es perdido y hallado en el templo en su niñez, se refiere al Padre en calidad de hombre judío (cfr. Lc 2, 41-52.). La autoconciencia de Hijo de Dios en Jesús se manifiesta a través de la reivindicación de su autoridad. Jesús en su consciencia de Hijo de Dios pone su palabra por encima de la ley de Moisés, y esto es motivo de escándalo para los judíos. En su ser existencial, Jesucristo tenía una consciencia filial. Ya que era un asunto existencial – no teórico ni doctrinal – esta realidad existencial se expresa en una existencia humana y divina, incapaz de estar separada o supeditadas una a la otra, sino más bien ambas plenamente asumidas y vividas en la persona de Jesucristo. En el aspecto de la consciencia y autoconciencia mesiánica de Jesucristo es capital saber que el Hijo expresa una confianza en el Padre. Esta confianza evidentemente radica en el vínculo filial y consustancial. La consciencia de un amor de Jesús por todos y cada uno de los seres humanos demuestra que, en la autoconciencia de Jesús, hay el deseo de que se salven todos y cada uno de los hombres (cfr. 1 Tm 2, 4-5). Esto sería lo que conocemos como consciencia o autoconciencia mesiánica y salvadora de Jesucristo. A esta consciencia salvadora la llamaremos también la autoconciencia de Jesucristo.

2.2. Conciencia de la misión en Jesucristo

La consciencia al respecto de la misión que el mismo Jesucristo tenía de sí, pasa por los momentos centrales de la humanidad del Hijo de Dios. Estos momentos son: el bautismo en el río Jordán, la agonía en el huerto Getsemaní,

¹³ H.U. von Balthasar, *Teodramática*, III, Madrid 1992, 164-165.

¹⁴ H.U. von Balthasar, *Puntos centrales de la fe*, Madrid 1985, 141.

la experiencia de una muerte injusta. Todas estas causas, resumidas en la sincera y fiel obediencia al Padre, expresa la profunda unión filial con el Dios Padre que lo envió con una misión y que nunca lo abandonó, aun desde la humana experiencia que Jesucristo sintió al borde de la muerte. Jesús – inicialmente – al respecto de su conciencia mesiánica, sabe las cosas de manera general y luego en el transcurso, el Padre le revela detalles que implican el cumplimiento de su misión. En principio Jesús anuncia el Reino de Dios, su muerte y pasión, la traición del discípulo, la resurrección, el abandono de los que Él llamó a seguirlo. Él sabía esto de manera general, pero ciertos detalles le son revelados en el momento adecuado, según el parecer de Dios Padre¹⁵.

Pero lo que se debe mencionar en este sentido es el hecho que Jesús no podría llegar a una conciencia de sí mismo y de su misión por el simple hecho de ser Dios e Hijo de Dios, sino por una vivencia plena de la humanidad – pues – lo lleva hasta sus últimas consecuencias las habilidades propiamente humanas. Esto es que él asume – una escucha activa de la voluntad de Dios y esto no es algo que esté negado a un ser humano, pues todos estamos en la capacidad de abrírnos a la escucha atenta de la voluntad de Dios. De esta manera, aquello que constituye la conciencia, es la disponibilidad de escuchar la voluntad de Dios en la lectura de los signos de los tiempos¹⁶.

La pregunta o interrogante más significativa que guía esta parte, es la conciencia de su persona. Esto significa si Él sabe de sí mismo que es el Hijo de Dios y por otra parte y al mismo tiempo si sabe que es Dios verdadero? Cómo se ha detallado hasta este momento, se elucida que – en efecto – Jesús comparte con la humanidad el hecho de no tener una visión total del futuro y de su sentido, sino que esto se va desvelando en el proceso de vivencia, en otras palabras, no encuentra un determinado sentido acabado, sino que lo va descubriendo en el proceso y le va siendo mostrando en un diálogo activo con su Abba, Padre¹⁷. Vemos que la conciencia no se genera sin un proceso de conocimiento, por esto se da ahora un paso atrás para poder evaluar las bases del conocimiento de Jesucristo – es decir – aquello que Él puede conocer. En esta parte se desglosa las condiciones para su conocimiento en tanto como Hijo y como Dios.

Otro aspecto de mucha importancia es que se debe considerar en nuestra investigación es la fundamentación en las Sagradas Escrituras, para explicar sobre una misión de Jesús, que parte de bases sólidas. Jesús en su condición de judío, asume una tradición bíblica del Antiguo Testamento ya existente, centrada en el anuncio de los profetas sobre las promesas recibidas por Dios. Jesucristo, efectivamente, manda a sus discípulos: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19). Él también ha sido enviado por el

¹⁵ Cfr. Juan Pablo II, *Audiencia General*, Miércoles 10 de marzo 1999, 1.

¹⁶ Cfr. Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 11.

¹⁷ Cfr. Juan Pablo II, op. cit., 2.

Padre y por lo que sabemos, no hay envío sin una misión determinada. Desde los inicios de la historia de la salvación, Dios llama y envía al ser humano, así lo vemos en el Libro de Génesis “Dios los bendijo, diciéndoles: Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Tengan autoridad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra” (Gn 1, 28).

3. Fundamentación relativa al conocimiento de Jesucristo

3.1. Conocimiento humano de Jesucristo

Por muchos años hemos tenido en la Iglesia la tentación de pensar que si Jesús era Hijo de Dios, entonces tenía que saberlo todo. Es una conclusión demasiado simplificada, que fácilmente nos pueda llevar a un docetismo sutil, por ello consideramos que Jesús no lo sabía todo – sino que Él – en su naturaleza humana, sabía lo que el Padre consideró oportuno que Él, en su debido momento, supiera. Que Él estaba en la capacidad de saberlo – podía saberlo – pero Él asume plenamente su humanidad en el modo de conocer y comprender y – por ello – cuando el Padre revela información al Hijo referente a su misión, Él consigue comprender, porque su naturaleza ontológica divina se lo faculta. Entonces su naturaleza humana y divina son inseparables y complementarias, supeditadas a la voluntad del Padre, quien quiso que su Hijo se hiciera humano sin perder su divinidad¹⁸.

Según Ignacio González, Santo Tomás dice:

La ciencia en general abarca un conocimiento que tiene como objeto todo el ser, pues el alma, en sí misma considerada, está en potencia para conocer todo lo inteligible. El alma de Cristo necesariamente tuvo una ciencia diversa de la divina, pues asumió la Naturaleza humana perfecta, esto es, con un cuerpo y un alma sensible y racional¹⁹.

De esta forma el “santo” sostendría que todo lo que existe por el verbo encarnado respectivo a su naturaleza humana y divina es de conocimiento de Jesús – esto significa – un conocer de todo lo existente respecto a su propio ser, incluso todo lo concerniente en cuanto a potencia como ser finito humano, pero Él no podría conocer toda la potencialidad divina. Santo Tomás dirá “que Jesús conoció por ciencia infusa todo lo conocible por el hombre, tanto por saber humano como por don del Espíritu Santo”²⁰. Así mismo el pensamiento tomista afirma que el conocimiento adquirido en Jesús proviene de un alma real, esto es lo que llamamos la sabiduría, dada de parte de Dios al hombre, debido a su limitada capacidad de conocer la totalidad de la voluntad Divina. Mediante este conocimiento adquirido, Jesucristo conoció todo lo que puede ser conocido por

¹⁸ Cfr. C.I. González, *Él es nuestra salvación. Cristología y Soteriología*, Madrid 1974, 434.

¹⁹ Ibidem, 438.

²⁰ Ibidem, 439.

el conocimiento agente real, propio del ser humano. A la luz de este saber o conocer progresivo surge el saber sobre sí mismo, que también es propio de la conciencia humana. En conclusión, Jesús conocía todo por el conocimiento infuso – es decir – Él conocía todo lo que su humanidad le permitió conocer y lo que el Espíritu divino le concedió saber. Bajo estos criterios antes mencionados vemos que – sí, es posible – alcanzar la perfección del conocimiento humano desde la ayuda e intervención Divina. El conocimiento humano está en constante crecimiento a partir de su historia y experiencia, a pesar de poseer el conocimiento a priori y el conocimiento posteriori. Debido a nuestra naturaleza humana continuamente estaremos en la docta ignorancia – es decir – en ese saber que no se sabe, pero que está²¹.

En nuestra vida es posible distinguir diversos niveles de conocimientos y – por qué no decirlo – también distintos niveles de conciencia. Me interesa enfatizar que analógicamente estos factores o conocimientos aparentemente contrarios, se complementan de la misma forma que en Jesucristo lo divino y lo humano se han unido de forma definitiva. Así podemos deducir que existen en el hombre diferentes niveles de conocimiento, de conciencia y de autoconciencia. De esa forma no es posible negarle el conocimiento humano a Jesucristo, porque Él es hombre y ésa es su naturaleza; un alma humana sin conocimiento humano no es posible²².

3.2. Conocimiento de sí mismo de Jesucristo

La pregunta sobre la conciencia y autoconciencia surge a raíz de la misma pregunta que de sí mismo Jesús hace a sus discípulos: *¿Quién dicen que soy?* (cfr. Mt 16, 15). Ante esta pregunta podemos afirmar que es el tratado teológico que da cuenta y razón de la confesión de fe que: «Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios» (cfr. Mt 16, 16). La Encarnación del Hijo se da por semejanza, esa idea se hace realidad y es el Logos. Entre el Logos, la idea y el Padre existe una atracción y – a la vez – una misma unidad entre ellos²³.

El Padre se da conocimiento a sí mismo de sí mismo. Él se conoce desde el principio de manera plena, es por eso que quien ha visto al Hijo, ha visto al Padre (cfr. J 14, 8-12). El único camino para llegar al Padre es el conocimiento del Hijo. El Hijo es la única imagen fiel desde siempre del Padre. El logos está presente en la creación desde el primer momento, todo fue creado por Él y para Él. San Juan dice que “En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron” (J 1, 10-11).

El asunto del conocimiento de Jesús tenía dos aspectos a considerar: el conocimiento de Jesús en general y de forma más específica – el saber del conocimiento sobre sí mismo y sobre su misión. En este sentido, Jesús tenía un

²¹ Cfr. A. Fernández, op. cit., 187.

²² Cfr. C.I. González, op. cit., 226.

²³ Cfr. R. Guardini, *El Señor*, Madrid 2005, 67.

conocimiento de sí mismo inicialmente como el de cualquier judío de su época. Él sabía que las promesas hechas a su pueblo se cumplirían. Él fue educado como todos los niños de su tiempo. Jesucristo empieza a conocer su misión como Hijo de Dios a partir de su madurez como hombre, de su apertura al Espíritu, de su escucha a las mociones del Padre, puestas en su corazón en el momento oportuno en que Dios vio apropiado²⁴. Aun así, el conocimiento anterior, el conocimiento que adquiere de los hombres no está extrapolado del conocimiento Divino, sino que es un conocimiento integral que se complementa sin contradicción, de forma que Él va creciendo en gracia y sabiduría como lo expresa San Lucas (cfr. Lc 2, 52).

La vida de Jesús testifica la conciencia de su relación filial al Padre. Su comportamiento y sus palabras, que son las del «servidor» perfecto, implican una autoridad que supera la de los antiguos profetas y que corresponde sólo a Dios. Jesús tomaba esta autoridad incomparable de su relación singular a Dios, a quien él llama «mi Padre». Tenía conciencia de ser el Hijo único de Dios y en este sentido de ser él mismo Dios²⁵.

Lo que he intentado expresar en este ensayo es que, con todas sus limitaciones sobre el saber de Jesús, en su limitada condición humana, podemos encontrarnos de manera indirecta y a la vez conveniente en mi forma de interpretar, que en Jesús existe un saber en desarrollo. Esto podemos decirlo por el tipo de preguntas de las que Jesús expresa desde los más profundo de su humanidad, como lo apreciamos en las Sagradas Escrituras cuando Jesús dice: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27, 46). Preguntas existenciales de este tipo sugieren que Jesús en algunas ocasiones afirma no saber ciertos datos no necesarios para su misión. Ejemplo de esto es la cita: “Por lo que se refiere a ese día y cuándo vendrá, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles de Dios, ni aun el Hijo, sino solamente el Padre” (Mt 24, 36). Jesús posee un saber y conocimiento más que humano, porque se percibe que Él es consciente de su conciencia mesiánica y filial con el Padre.

3.3. Conocimiento posterior a la resurrección de Jesucristo

La relación con Jesucristo Resucitado sólo es posible desde un conocimiento de Él. Por eso es importante percibir que el conocimiento de Jesús como hombre, pasa por la experiencia histórica de la ignorancia de información innecesaria para la misión y su cumplimiento. Él, en su naturaleza Divina, está en condición de saberlo absolutamente todo, porque es plenamente Dios, pero también es plenamente humano. Por ello Jesucristo siendo Dios lo sabe todo, pero desde su ser y naturaleza de Hombre se somete a la voluntad del Padre – es decir – que Él sabe lo que el Padre ve oportuno, que en su

²⁴ Cfr. ibidem, 87.

²⁵ Comisión Teológica Internacional, op. cit.

debido momento Él sepa, por ejemplo: los detalles de su padecimiento, por eso tiene miedo a morir y la forma en la que debe morir²⁶.

Si pensamos en el conocimiento que Él posee después de su muerte y estando ya resucitado, vemos que su manera de conocer es diferente – es más plena – es un conocimiento glorioso. Sabemos que el culmen del conocimiento y de la misión de Jesucristo se realiza con la resurrección, después de haber sido asesinado. Se percibe el término de la encarnación como un proceso o camino, puesto que nunca se detuvo como hecho histórico – escatológico. Nosotros también – igual cómo Jesús – debemos buscar nuestra propia resurrección, como objetivo definitivo desde la participación humana y divina, que aspira a regresar a nuestro Creador, imitando y pasando por el Hijo, como puente referencial al Padre. Solo así podremos considerarnos punto pleno y referencial del accionar del Padre en nosotros, pues seremos hijos en el Hijo, en camino al Padre²⁷.

La esperanza que brinda el Resucitado, es que los seres humanos de igual manera que El – en algún momento – llegaremos a ese conocimiento pleno sobre la realidad del Resucitado y sobre todo – del Reino de Dios. Como dice el apóstol San Pablo – lo veremos tal cual es, ya sin ocultamiento (cfr. 1 J 3, 2). Esto nos pone de manifiesto que el conocimiento de la humanidad, aunque pareciese que no disponga de límites, solo llega a la comprensión de aquello que se muestra progresivamente y es revelado por el Creador, pero hay un anhelo en el ser humano, de que existirá un momento glorioso de un conocimiento absoluto revelado por el Padre²⁸.

Conclusión

En respuesta a la pregunta sobre si Jesucristo – siendo Dios – tenía las condiciones de saberlo todo respecto a su misión y a su ser y tras haber identificado los aspectos que pueden influir en el intento de responder a la pregunta, hemos concluido que la respuesta es positiva. Hemos fundamentado la respuesta a la luz de la inspiración bíblica, teológica y reflexiva, apoyados en los concilios, en los teólogos y sobre todo, en la enseñanza doctrinal y magisterial de la Iglesia Católica. Jesucristo, desde su naturaleza divina y humana, está en posibilidad total de saberlo todo – pero Él – en su condición de hombre – al cien por cien – se somete a la voluntad del Padre y el Padre le revela todo aquello, que Él debe saber en el momento, que Él considera oportuno. Eso es de las cosas en que nos podemos maravillar y es que cuando comprendemos la humanidad plena del Dios Hijo en la segunda persona de la Santísima Trinidad, podemos madurar en nuestra fe

²⁶ Cfr. R. Schnackenburg, *La persona de Jesucristo reflejada en los cuatro Evangelios*, Barcelona 1998, 167.

²⁷ Cfr. E. Schillebeeckx, *Jesús La historia de un viviente*, Madrid 1981, 46.

²⁸ Cfr. J. Sobrino, *Cristología desde América Latina*, México DF 1977, 43.

cristológica, y además configurarnos con Jesucristo como nuestro Salvador y Redentor²⁹.

Además, alcanzamos un conocimiento de Jesucristo que nos libera de intentar comprender los misterios de Dios de manera parcial y meramente racionales, que luego pueden terminar distorsionando la verdadera imagen de Jesucristo y hacernos caer en posturas heréticas – sino al contrario, que nos llevará a la profesión de la fe verdadera en Jesús, Hijo de Dios.

* * *

Resumen

Este artículo pretende dar respuesta a la pregunta sobre la verdadera imagen de Jesús. Comienza con un recorrido por las falsas imágenes de su persona, ofrecidas por diferentes herejías existentes en la historia. Como respuesta a esta falsa imagen, cita los concilios ecuménicos de la iglesia y algunos de los teólogos más destacados. Intenta explicar la relación entre la humanidad y la divinidad de Jesús en el contexto de su obediencia al Padre y la realización de su plan de salvación. Pretende explorar la relación entre lo que sabía sobre el futuro y su divinidad como Dios. Quiere responder a la pregunta: siendo a la vez hombre y Dios en la tierra, ¿sabía todo lo que iba a suceder?

Palabras clave: Jesús, verdadera imagen, humanidad y divinidad, conciencia y autoconciencia.

Essay on some Aspects of Consciousness and Self-Awareness in the Person of Jesus Christ

Summary

This article aims to answer the question about the true image of Jesus. It begins with a journey through false images of his person, offered by different heresies existing in history. As a response to this false image, it cites the ecumenical councils of the church and some of the most prominent theologians. It tries to explain the relationship between the humanity and divinity of Jesus in the context of his obedience to the Father and carrying out his plan of salvation. He intends to explore the relationship between what he knew about the future and his divinity as God. He wants to answer the question: being both man and God on earth, did he know everything that was going to happen?

Keywords: Jesus, true image, humanity and divinity, consciousness and self-awareness.

²⁹ Cfr. F. Martínez, *Creer en Jesucristo Vivir en cristiano*, Navarra 2007, 23.

Bibliografía

- Balthasar H.U. von, *Puntos centrales de la fe*, Madrid 1985.
- Balthasar H.U. von, *Teodramática*, III, Madrid 1993.
- Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Colombia 2007.
- Brugner W., *Diccionario de filosofía*, Barcelona 2000.
- Cacho I., *Cristología*, Milán 2015.
- Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión*, https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_1985_scienza-gesu_sp.html (fecha de consulta 05.15.2022).
- Cordovilla Á., *La lógica de la fe. Manual de Teología Dogmática*, Madrid 2013.
- Editorial Larousse, *Diccionario enciclopédico*, Madrid 1992.
- Fernández A., *Teología Dogmática*, Madrid 2009.
- González C.I., *Él es nuestra salvación. Cristología y Soteriología*, Madrid 1974.
- González De Cardedal O., *Jesús de Nazaret*, Madrid 1993.
- Guardini R., *El Señor*, Madrid 2005.
- Jaśkiewicz G., *Argumenty przemawiające za bóstwem Jezusa Chrystusa w De Trinitate Hilarego z Poitiers*, „Studia Elckie” 14(2012), s. 389-404.
- Juan Pablo II, *Audiencia General*, Miércoles 10 de marzo 1999.
- Martínez F., *Creer en Jesucristo Vivir en cristiano*, Navarra 2007.
- Rahner K., Ratzinger J., *Revelación y Tradición*, Barcelona 1971.
- Schillebeeckx E., *Jesús. La historia de un viviente*, Madrid 1981.
- Schnackenburg R., *La persona de Jesucristo reflejada en los cuatro Evangelios*, Barcelona 1998.
- Sobrino J., *Cristología desde américa latina*, México DF 1977.